

dumbre desapareció bajo la influencia de las costumbres germánicas; en el Imperio de Oriente la legislación la reconocía todavía al cabo de diez siglos de cristianismo. Leon el Filósofo dió un pomposo edicto para prohibir al hombre enajenar su libertad, pero la esclavitud subsistió. Los hombres se dividían en libres y esclavos, lo mismo que en tiempo de Justiniano; las leyes trataban de los vicios redhibitorios de los esclavos del mismo modo que nuestras leyes hablan de los vicios redhibitorios de los animales (1). Fueron necesarios mandamientos repetidos para permitir á los esclavos el matrimonio religioso. Los amos temían que el sacramento emancipara á sus esclavos: en efecto, ¿cómo había de poder casarse una cosa? (2). El único progreso que puede atribuirse á la influencia del cristianismo es el de que los prisioneros cristianos no eran reducidos á servidumbre; pero los Bárbaros y los paganos no eran considerados como hombres; siguieron condenados á la esclavitud hasta la caída de Constantinopla (3).

El hecho de que la esclavitud, ese crimen de la antigüedad, haya sobrevivido al mundo antiguo, es una prueba manifiesta de que el cristianismo no hubiera sido suficiente para regenerar la sociedad. No regeneró ni aún las costumbres. El furor del circo corría parejas con el furor de las disputas religiosas. Estas pasiones dominantes de los Griegos de Bizancio demuestran que la religión cristiana no penetró en las almas; la civilización misma decayó. ¿Fue el helenismo el que corrompió al Evangelio, ó fue la teología cristiana la que consumió la decadencia del genio griego? Creemos que el origen del mal estaba en la decrepitud de la raza helénica. La corrupción estaba demasiado adelantada para que fuera posible la curación; esta corrupción favoreció al despotismo, y el despotismo imperial reobró sobre la Iglesia griega, sometiéndola á los caprichos de la tiranía.

(1) LEONIS, *Constit.*, 100 y 21.

(2) El emperador Alejo Comeno mandó que el matrimonio de los esclavos se celebrase religiosamente como el de los hombres libres, pero sin que la solemnidad religiosa atacase los derechos de los señores (BIOT, *De la abolición de la esclavitud en Occidente*, p. 213). El emperador Basilio había dado ya el mismo decreto.

(3) BIOT, *De la abolición de la esclavitud*, p. 228.

§ II.—La Iglesia y el Estado.

Cuando hacia el fin de la Edad Media los pueblos de raza germánica se levantaron contra el pontificado, se dejó oír un inmenso grito de reprobación contra Roma; los reformados deploraron la larga tiranía bajo la cual había gemido la cristiandad; lanzaron inectivas á los papas, llamándolos antecristos y prodigándoles las injurias á que se prestan las imágenes del Apocalipsis. La Iglesia griega responderá á estas apasionadas acusaciones. Sacudió temprano el yugo del pontificado, y ¿cuál fue su destino? Una vergonzosa servidumbre. La religión se convirtió en un instrumento en manos del despotismo imperial. El cristianismo perdió con su contacto la virtud civilizadora que le distingue entre los Bárbaros. Le faltaba la libertad, y sin la libertad no hay vida.

El Imperio griego sucedió á la antigüedad. En apariencia dominaba en él el elemento cristiano; en realidad, dominaba el elemento greco-romano. El cristianismo se estableció en medio de una civilización adelantada que tuvo que respetar, en medio de un estado político que no podía pensar en destruir. Cuando Constantino rechazó el paganismo, pareció que esto no producía más alteración sino que el cristianismo iba á ser la religión del Estado; no se pensaba que un cambio de religión entrañaba toda una revolución social. El antiguo edificio de la sociedad subsistió; los emperadores fueron los grandes pontífices del cristianismo (1), de la misma manera que habían sido los grandes pontífices de la sociedad pagana. No había más que una diferencia entre los derechos del Emperador cristiano y los de los Césares romanos, y es que no tenían el derecho de sacrificio (2). Pero la separación del poder civil y del poder religioso no era más que aparente; ocultaba la servidumbre de la Iglesia.

(1) SOCRAT., *Hist. eccl.*, lib. IV, proem.

(2) DEMETRIUS CHOMATENUS, citado por LEQUIEN, *Oriens christianus*, t. I, c. 13.

Los emperadores nombraban los obispos, dictaban leyes relativas á la Iglesia, á su constitucion y á su disciplina. Convocaban y presidian los concilios; bajo su inspiracion decidian los obispos las cuestiones teológicas; hasta sucedió que reglamentaron la fe sin intervencion de un concilio (1). Hemos dicho ántes que hasta los papas mismos estaban sometidos á este poder arbitrario; en tiempo de Justiniano el Príncipe era el jefe de la Iglesia más bien que el obispo de Roma. El cardenal Baronio deplora amargamente esta usurpacion: «Un emperador cristiano, exclama, se ha mostrado más duro que los Césares paganos; el que tenía la pretension de ser el mayor de los legisladores ha hollado con sus piés el derecho divino.» El historiador católico deplora con razon el servilismo con que el clero se sometió á aquellas pretensiones (2). Tal es, en efecto, la condicion de la Iglesia griega; el Emperador es déspota, y el episcopado se doblega á la voluntad del señor.

En el Imperio de Occidente el episcopado dependia tambien del monarca, pero esto consistia en la posicion que los obispos ocupaban en la aristocracia territorial. En el Imperio de Oriente los obispos estaban subordinados al Emperador como todos los agentes de la administracion; de aquí resultó que la servidumbre, que invadió el Imperio tras del despotismo oriental, envileció igualmente la Iglesia. En el siglo vi los Francos enviaron una embajada á Constantinopla; el clero de Italia dió á los enviados las noticias que creia útiles para el buen éxito de su mision: «Los obispos griegos, les dijo, tienen grandes y opulentas iglesias, y no resisten el ser suspendidos por dos meses por parte del Gobierno en los asuntos eclesiásticos; así es que se acomodan fácilmente á los tiempos y á la voluntad de los príncipes y consienten sin discusion en hacer todo lo que se les pide» (3). El Emperador tomaba parte en todas las discusiones religiosas, y encontraba siempre una mayoría que participaba de su opinion: ¿han faltado nunca á los príncipes, dice el rudo Tillemont, obispos aduladores y esclavos

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. I, § 414.

(2) BARONIUS, *Annal. eccl. ad a. 554* (t. VII, p. 467).

(3) *Epistola legatis Francorum ab Italiæ clericis directa* (MANI, IX, 153).

de sus voluntades? (1). De aquí la vergonzosa volubilidad en las creencias. Los obispos eran en mayoría enemigos del culto de las imágenes; ántes del concilio de Nicea manifestaron su aversion en los términos más violentos; esto consistia en que los emperadores eran iconoclastas. Cuando los emperadores tuvieron á bien restablecer las imágenes, aquellos mismos obispos se declararon á favor de un culto que habian declarado idólatra; anatematizaron á los que no adoraban las venerables imágenes, á los que osaban llamarlas ídolos (2). Los obispos eran ortodoxos ó herejes, segun el capricho ó interes de su señor.

Tal vez hubiese habido probabilidades de salvacion para la Iglesia griega en una alianza estrecha con el pontificado. Pero apenas los patriarcas se establecieron en Constantinopla, aspiraron á la independendencia; no veian que, al romper el vínculo que los unia á Roma, remachaban la cadena que los sujetaba al emperador. La ambicion y la superioridad de la cultura helénica los cegaron. Obispos de la nueva Roma no querian depender de la Roma antigua, dominada por los Bárbaros; en el orgullo de su vana ciencia, despreciaban la rudeza de la Iglesia occidental. Como término de aquella oposicion insensata era fácil vislumbrar el cisma; nada importa, con tal que los patriarcas sean iguales á los papas. Pero ¿cuál fué la suerte de estos papas del Oriente? Si se quiere saber qué hubiera sido del pontificado y de la Iglesia de Occidente bajo el régimen romano, no hay más que mirar al bajo Imperio. El patriarca Macedonio, á quien la Iglesia ha colocado en el número de los santos, opuso á la voluntad de Anastasio una resistencia á que no estaban acostumbrados los señores de Constantinopla. Despues de haber probado inútilmente toda especie de persecuciones para vencer su oposicion, el Emperador acabó por arrojarle sin informacion, sin forma de juicio. Arrancado por fuerza de la Iglesia Macedonio fué confinado al Ponto. El santo fué sustituido por un hombre que por sus infamias habia merecido mil apodos injuriosos. Anastasio encontró un concilio que sancionara sus actos; una asamblea, de la que formaban parte los acusadores del patriarca,

(1) TILLEMONT, *Memorias eclesiásticas*, t. XVI, p. 676.

(2) MANI, *Concil. XII*, 1015.

lo condenó sin oírle, sin recibir un testimonio (1). En la larga lucha que dividió á la Iglesia griega á propósito de la adoración de las imágenes, los emperadores nombraban y deponían los patriarcas; los sometían á sus voluntades ó los perseguían. Los obispos acabaron por ser juguete de los caprichos imperiales. Un concilio declaró válido el matrimonio adulterino de un emperador, por la razón de que el emperador no estaba sometido más que á Dios (2).

Montesquieu dice que «la fuente más perniciosa de todos los males de los Griegos es que nunca conocieron la naturaleza ni los límites del poder eclesiástico y del secular, lo cual hizo incurrir á ambas partes en continuos extravíos.» Pero esta confusión del poder civil y del poder religioso existía en la Roma antigua y no impidió su engrandecimiento y dominio sobre los pueblos. Creemos que el verdadero origen de la decadencia del cristianismo en el Imperio de Oriente es la decadencia de la raza griega. Los vicios de la antigüedad se perpetuaron en Constantinopla con los restos de la cultura antigua; la corrupción engendró el despotismo, y el despotismo arruinó la poca vida que quedaba á la sociedad. ¿Por qué no logró el cristianismo renovar las costumbres antiguas? Después del advenimiento de Constantino los Griegos se convirtieron en masa al Evangelio, pero siguieron siendo paganos por su espíritu, sus hábitos y sus vicios. El cristianismo no podía dar á aquellos seres degenerados, esclavos de sus pasiones, el deseo y la fuerza de la libertad; él mismo carecía del sentimiento de la libertad civil y política, y los hombres á quienes se dirigía hubieran sido incapaces de comprenderlo. La fatalidad arrastró á los Griegos á una decadencia inevitable; pero esta fatalidad era la expiación de sus faltas.

(1) TILLEMONT, *Memorias eclesiásticas*, t. XVI, p. 690.

(2) FLEURY, *Historia eclesiástica*, t. X, p. 1 y sig., 77 y sig.

CAPÍTULO III.

MISION DEL BAJO-IMPERIO.

El Bajo-Imperio comienza con el final de la antigüedad, y su decrepitud se prolonga desde el siglo IV al XV. No tratamos de indagar las causas que produjeron su ruina; más bien se debe preguntar cómo ha podido sobrevivir por tanto tiempo al mundo antiguo de quien es el último residuo. Montesquieu encuentra la razón en las divisiones que debilitaron á los Árabes, en la invención del fuego griego, que permitió á los Griegos quemar las flotas de sus enemigos, y por último en sus riquezas, producto del comercio y de la industria. ¿Se habrá olvidado el ilustre historiador de la causa que dió á Bizancio su fuerza y su debilidad juntamente? Heredera de Roma, recogió en esta herencia la ciencia del gobierno que había permitido á una ciudad dominar el mundo; la administración romana ha sostenido al Bajo-Imperio. Se lee en las fábulas cabalísticas que, después de la muerte de Salomón, su cadáver se mantuvo de pie durante un año entero, mientras los demonios, á quienes por medio de la magia había obligado á trabajar en el templo, continuaban su tarea, creyendo que el gran mago estaba vivo todavía. Roma murió con la antigüedad, pero su cadáver se mantuvo en pie durante diez siglos; los pueblos lo creían vivo y seguían obedeciéndole. El poder del genio romano es más admirable en su decadencia que en su grandeza; sostuvo durante mil años un Imperio que no tenía ningún elemento de vida.

Los historiadores y los filósofos agotan su ingenio buscando